

VI

Entre los asiduos al turno de la *Cañas* contábase Román, el encargado de la timba, el ex minero jaquetón que abandonara la barrena y el pico para vivir holgado y libre por pragmática de su guapeza.

Quién más quién menos rehuía choques con tal hombre, no tanto por miedo como por evitar pendencias con sujeto que no había nada a perder, y que por someterse incondicionalmente, sea ella cual fuere, a la voluntad de potentados y caciques, tenía siempre cubiertas las espaldas y segura la impunidad en sus malas acciones.

De ahí que si entrando en *La Buena Sombra* asentaba junto a la *Cañas* en su turno, o si fuera de él, por no haber en él sitio libre, llamaba a la camarera a su mesa, respetaran todos el diálogo y no pusieran reparo al llamamiento.

La *Cañas* gustaba también de platicar con el tahir: no en balde era hembra, y como tal, ufana de pavonearse con los galaneos de un macho corajudo. Aumentaban la satisfacción y el gusto de la camarera ser el macho buen mozo y pronto a derrochar la plata, siquiera con la plata le ocurriese

lo que con el valor: la lucía donde era conveniente a su crédito de generoso, y muchas veces, más para enseñarlos que para cambiarlos, hacia brincar en los veladores sus duros, y asomaba, como al descuido, por la boca de su cartera los billetes de Banco.

No es esto decir que, llegado un trance de pelea, huyera el hombre el bulto. Daba rostro al lance si ello era menester, pero cuidaba de hacerlo con ventaja y tanteando al adversario.

Con sus antiguos compañeros, con los que en la mina arrostraban a cada minuto la muerte, y fuera de la mina ponían mano a sus facas y pistolones por un quitame allá esas pajas, evitaba toda cuestión. No había en tal juego provecho, y era peligroso arriesgarlo. Si llegaba caso inevitable de venir a mayores con los del plomo y el candil, dábale traza, sin demérito de su hombría, para que los amigos terciaran en el trance supremo y lo ahogaran en chorros de Montilla y Jerez.

De todas suertes, no era grato malquistarse con aquel mozo, que ya llevaba dos hombres por delante y que no se detenía en mirar si el enemigo le daba el frente o las espaldas a las hora de esgrimir la faca o de piñonear en el gatillo del revólver. Así es que los parroquianos de *La Buena Sombra* le otorgaban la primacía en los favores de la *Cañas*, y ella le otorgaba también sobre los otros preferen-

cia, sin que esto significara, por parte de la camarera y de Román, compromiso serio o título oficial de queridos.

Cierta noche Jorge, que ya llevaba la existencia propia al minero *hampón*, luego de cobrar su quincena y de enjuagarse con aguardiente el tragadero en la taberna del *Moreno*, entró en la chirlata regentada por el buen mozo; jugó fuerte, el azar se puso de su parte y Jorge abandonó el tapete con buen golpe de billetes y duros.

Dos cortadores de su antigua cuadrilla, a quienes tropezó en una tasca, le invitaron a ir a «el cantante». Allí, entre coplas patibularias, taconeos de bailarinas y sonos de guitarra, apuraron unas cuantas botellas. Medio borrachos ya, ocurriósele a uno de los mineros hablar de la *Cañas* y hacer elogio cumplido de su hermosura y su donaire.

— Nunca estuve en ese café de camareras — dijo el *Hampón* mientras contemplaba al trasluz la manzanilla que mediaba su copa —. ¿Dices que es guapa y tié chiste esa moza?

— ¡De plata fundía es!... ¡Y tocante a otros méritos!... Denguna de aquí se baila un tango tal como ella. En lo que hace cantar, mesmamente es una calandria. Ahora, que pa oírla y pa verla sa menester subirse al «camarote grande», al de arriba; allí hay que beber de lo caro y dar al tocaor tres duros y no reparar en propinas. Eso sí, que, en allegando

que allega uno al café, pué pedir, pa servirle en el «camarote», la que sea más de su gusto; y sube, y al servicio de quien la pidió está, diquiá el que la pidió acabe de echar vino y de gastar parné.

— Pues vamos — interrumpió el *Hampón* — al «camarote grande» — pa que nos llenen la mesa de N. P. U., y nos toque el que sea, y nos sirva esa *Cañas* de tus elogios, y nos cante y nos baile y haga cuanto nos sea menester. Esta noche es mi chaquetón la oficina de pagos. Conque jarza!, vamos a rematar la juerga tal que si fuéramos señorones. Se m'ha calentao el gazzate y ya no paro de beber hasta que me tumbe el vino ande sea. La *Cañas* ¿vive mu lejos del café?

— A la verita — respondió uno de los dos cortadores.

Riendo y haciendo eses, entraron en *La Buena Sombra* los mineros.

A los cortadores ya se les conocía en la casa. El *Hampón* era desconocido para las camareras, para el amo y para la mayor parte de los tertulios. Sólo algunos mineros le saludaron al entrar. En tanto que él y sus acompañantes se acercaban al mostrador, hicieron los otros comentarios a propósito de aquel salvaje de la mina, de aquel topo que vivía bajo tierra quincenas y quincenas, de aquel incansable bestiazo que de sol a sol, durante horas y horas de faena, dejaba sangre y músculos en su

pelea con el plomo, para, al término de la quincena, en una sola noche, gastarse con hembras y tasqueros los jornales tan costosamente ganados.

Respetuosos y amigables eran los comentarios; el *Hampón*, no obstante su hurañez, era buen compañero; en un hundimiento ocurrido pocos días atrás lo había demostrado. Esto explicaba la afectuosidad de los comentadores. Lo respetaron al saber que en dos ocasiones, y contestando a retos que su actitud no provocara, había demostrado tener recios los puños y firme el corazón.

El dueño de *La Buena Sombra*, al oír la petición del «camarote grande» hecha por un sujeto desconocido, todo andrajos y tizne, sonrió enigmáticamente e hizo un ademán de hombros como si quisiera decir: «Bueno está para broma; pero no me hagan perder tiempo, que es hora de trajín, y mis camareras aguardan que les despache sus servicios.»

— Mire, amigo — dijo el *Hampón* deteniendo al industrial, que hacía ademán de alejarse —. Ni tó el borracho sueña, ni es prudente juzgar por la sotana al cura. Yo pido el «camarote» porque pueo pagarlo, pagarlo y llenar la mesa de botellas y de blancas el piso. Oiga el son — añadió sacudiendo la vieja chaqueta de pana —. ¡Pa mí que no suena a hojalata! Y pa usté dos noticias: que estas manos no se agarran mucho al dinero y que este gazzate está hecho a medir vinos de toas las calañas. Con-

que mande que dispongan el «camarote», y no olvíe, puesto que en tierra minera tié el tráfico, que los mineros son talmente como el mineral que cortan con sus picos: escoria y plata, tó junto.

A un gesto afirmativo de los cortadores, repuso el cafetero:

— Buen amigo, perdone. ¿Quién no se equivoca en el mundo? El «camarote» siempre está pronto pa los parroquianos que le honran. *Manitas*, anda con la sonanta arriba. ¿Qué camarera les hace a ustedes el avío?

— La *Cañas*.

— ¿Sí?

— Sí.

— Tras ustedes sube, señores.

— Que se suba dos botellas de N. P. U. pa darnos tiempo de pensar en lo que vamos a beber.

Subió la *Cañas*, por obligación del servicio, y subieron tras ella, a la husma de manjares y de propinas, camareras y cantatrices. Rasgué su guitarra el *Manitas*, cantó a media voz una taranta el cortador más joven, y mientras se hacía el pedido de la cena y se remudaban las botellas vacías, dijo el *Hampón* golpeando con su mano recia y nervuda las manos ensortijadas de la Irene:

— Me han dicho a mí que usté se canta pa dar alegría a un difunto, y, velay, por eso de que alegra usté a los difuntos la quisiera yo oír.

— Hijo, mi obligación en esta casa no es cantar.

— Ya lo sé. Es un favor el que la pido. Por enjuagatorios no lo deje. Si quíe aclararse con Champán la garganta, pídale con toa la boca.

La *Cañas* miró a hito a hito a aquel mocetón desastrado que tan rumbosa y cortésmente le solicitaba una cópla, y en ley de verdad, vale decir que no malamente le impresionaron la figura atlética del minero, sus bravos ojos verdemar, sus negros cabellos y los blancos dientes que la sonrisa, compañera de la solicitud, ponía al descubierto.

Casi interés llegó a inspirarle cuando los cortadores refirieron las proezas mineras del *Hampón*, su vivir solitario en la galería abandonada, su ningún trato con la gente durante la quincena, sus despilfarros en la noche del cobro, el misterio y la hosquedad con que amortajaba su persona.

— Pero, vaya — exclamó en uno de los intermedios la *Cañas* —, que su apaño no le faltará al hombre.

— ¿Apaño? — murmuró el *Hampón*.

— Mujer fija, he querido decir.

— ¡Fijal...

— Siempre se tié voluntá por alguna.

El *Hampón* puso los ojos en la copa y, abarcándola con la mano, la subió hasta sus labios; los dedos temblaban encima del cristal, los párpados se guiñaban sobre las pupilas ocultándolas. Al dejar la

copa en la mesa, la mano quedó inmóvil; las pupilas verdes se fijaron con indiferencia en la *Cañas*.

— A ninguna prefiero. ¿Pa qué? A ellas y a mí nos conviene más juntarnos por horas. Así no hay lugar al cansancio, ni necesidá de engañarse. ¡Llena las copas, criatura, que andas retrasá y va a quejarse el del mostrador! ¡Lo que hace la ropal! ¡Casi casi nos da una limosna el chavó!... Anda, niña, anda, súbete más Champán, y en cuanto que lo subas prepárate a bailar un tanguito. No te pesará manque esta noche nos dediques a los tiznaos tó el repertorio que pa el señorío te guardas.

— Pues, ea, a escape vuelvo, y así que suba bailo el tango; lo bailaré poniéndome encima del moño ese sombrero que te traes; talmente paece un sarnacho de los de secar higos.

Ya punteaba el *Manitas* el tango y daba la *Cañas* vueltas entre sus dedos al sombrero del *Hampón* cuando entró en el «camarote» la Antonia, y le dijo a su compañera:

— Román, que está abajo y que tié gusto en que le sirvas una de las medallas.

— Si queréis esperarme... — dijo la *Cañas*, dirigiéndose a los tres hombres.

— ¿Es preciso que bajas? — le preguntó el *Hampón*.

— Como preciso... Ahora, que se trata de un parroquiano...

— Al tomar y pagar este cuarto, ¿no te tomé y no pagué también al cafetero pa que tú nos sirvieras en tan y mientras que estuviésemos haciendo gasto aquí?

— Natural.

— ¡Entonces!..., si es de tu gusto, baja; pero, si es que bajas, no vuelvas. Si no es de tu gusto, quédate y que sirva otra al parroquiano; por una noche no se va a morir ese señor.

— Ya lo has oído, Antonia. Le dices que estoy de servicio y que no puedo complacerle.

— En tal caso—exclamó el *Hampón*—sigue con el tango, *Manitas*, y tú no me enciendas la sangre con ese par de aceitunas que Dios te ha dao por ojos, y báilate el tango y, ¡vaya por til, y mal fin tenga el que nos quiera mal.

Puesto en la cabeza el deshechurado sombrero, comenzó su baile la *Cañas*. Al comienzo lo hubo de interrumpir porque Antonia entró nuevamente y cuchicheó con acento medroso:

— Dice que si no bajas a servirle tendrá que subir a tomarse una copa. Viene un poco...

— Que suba — repuso el *Hampón* con voz tranquila—. Ésta ya no baja. Dile a ese señor que yo obsequio de buena manera a tó el mundo, y que esta copa está aguardando quien la apure.

Al abrir la puerta Román y reconocer al *Hampón*, cambió en amistosa la actitud desafiadora de

su gesto. Conocía a Jorge, había apurado con él más de un vaso y sabía a qué extremos era capaz de llegar el *Hampón* si alguien le buscaba quimera.

— De saber — murmuró — que eran amigos como tú a quienes servía esta moza, o no hubiera mandao el recaó, o hubiera subido antes pa convidar y aceptar un convite.

— Ahí te va la copa — contestó Jorge, llenando una de Champán hasta el borde—. En lo que toca a esta chiquilla, no es que me importe, en el sentío de que tenga pretensiones por ella; pero, vamos, ya que escomenzó a servirnos, que siga. Como el recaó venía así de un mó..., pues si bajase ahora podrían suponer en ti lo que no hay, gana de humillar a tres hombres; en nosotros lo que no hay tampoco, mieo a un hombre. De manera que con tu permiso, y respetándote como tú te mereces, que siga sirviéndonos la *Cañas*. ¿No te paece que es justo? ¿No harías talmente que yo mismo si te encontrases en mi puesto?

— A la salud de tós — dijo Pepillo, sin contestar directamente a la pregunta y apurando de un trago el vaso. No es cuestión de que hombres buenos anden a la greña por quien no lo merece.

— A más — interrumpió la *Cañas* —, que tú no tiés dengún derecho sobre mí.

— Porque no lo tengo, no lo uso.

— Más vale que ná haiga entre ustés, pa que no

haiga disgusto. Siéntate si quiés ver cómo se baila un tango.

— Gracias; tengo en el café tres o cuatro amigos, y no es cosa de hacerles esperar. Divertirse.

Román volvió la espalda e hizo, al ganar la puerta, un gesto rencoroso.

A punto del alba, cuando él *Manitas*, luego de enfundar su instrumento, dejó el «camarote» y los dos cortadores, haciendo cabezal de sus brazos, roncaban su embriaguez, el *Hampón*, apoyando un codo en la mesa y la barba en el puño, dijo a la *Cañas*, sacando del chaquetón un billete de veinte duros:

— Está lejos la mina y mis pies no se tién firmes. Si quiés hospedarme esta noche, ahí te va por la caminata que me ahorras. ¿Hace?

— Hace.

Al quitarse la chaqueta el *Hampón* se abrieron los botones de su camisa y quedó al aire el medallón de su cuello pendiente.

La *Cañas*, por un impulso de curiosidad, extendió las manos hacia aquel objeto brillante.

— Quieta, niña — dijo el *Hampón* —. Esto no se toca. Es sagrao.

VII

Desde aquella noche y por caminos de curiosidad, fué a la *Cañas* el enamoramiento. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué llegó a la mina? ¿Por qué ocultaba en el más profundo misterio su existencia anterior? ¿A qué vivía al presente, lejos de todo trato, haciendo alcoba de una galería abandonada? ¿Por qué la primer noche la dijo y le demostró después con su conducta que las mujeres sólo eran para él un remate del vino, que nunca, nunca, pondría en la posesión de una hembra el interés de su alma?

Lo último tenía que verse. Se le metió a la *Cañas* en el caletre ser algo más que el remate del vino para el desdeñoso minero, y, o poco valía, o salía avante con la suya. ¡Faltaba que a ella, a ella, por quien se pirraban los parroquianos de *La Buena Sombra* y todos los galanes que con ella entraban en diálogo una vez, la tomara y dejara a su gusto un haraposo, con más pelos que una zalea y más churretes de polvillo mineral en la cara que una vagoneta en su fondo!

Claro que, aun así y todo, cuando en los días de

cobranza pasaba el *Hampón* por casa del barbero, dejando que éste le cortara las greñas y que agua y jabón libaran de suciedades a su piel, era todo un buen mozo con sus ojos verdes y sus rizos del color de las moras. Como dos corales relucían sus labios entre las negruras del bigote y la barba; sus dientes, como cuadrillos de nieve al sonreír la boca. ¡Y no se diga si el *Hampón*, enderezando el cuerpo y tirando contra el respaldo de un diván su chaqueta, se ponía en pie y gallardeaba su hercúliana figura, sus anchos hombros, su pecho en curva dibujado, su esbelta cintura prisionera en la faja y sus piernas duras, potentes, que hacían restallar la pana del ajustado pantalón! Arrogante era la figura de Jorge, si, para contestar un reto, se adelantaba hacia el contrario; seductora si, con rendimiento varonil, se inclinaba hacia las mujeres en demanda de una caricia.

Esto no había que negarlo, pero tampoco era para despreciada ella, para tomada como función de títeres, donde se paga y, al salir, si te vi no me acuerdo. La mano derecha se dejaba cortar la *Cañas* si a poco andar no estaba el *Hampón* perdido por su persona, y si no estaba su persona al tanto de la vida y milagros de aquel murciélago revoloteador de pozos. Su esclavo sería; así como así, otros de más valer y con más «postines» lo fueron.

Mientras llegaba la hora de la esclavitud del

Hampón, era la *Cañas* quien por él se iba esclavizando; ella quien, el día correspondiente al cobro de quincena, se emperejilaba como para una boda y se pasaba las horas muertas enfrente del espejo; ella quien desfloraba los tientos para adornarse el moño y contaba, minuto a minuto, los que faltaban para ir al turno del café, y ceñirse el delantal de picos, y lustrar cucharillas y tazas y dar comienzo a su faena.

Distraídamente servía su turno, descuidando la conversación con la parroquia, contestando a medias palabras los requiebros y hasta desdeñando invitaciones, con grave disgusto del amo del café.

Al sonar las doce iba y venía inquieta, dirigiendo al reloj nerviosas ojeadas, sacudiendo con el pie las maderas del piso, restregándose fuertemente las manos sin temor al daño que le causaban las sortijas.

Al entrar el *Hampón*, que siempre venía a medios pelos, un gran suspiro dilataba el pecho de la *Cañas*, palidecía unas miajas su cutis bajo el colorete, sus ojos relampagueaban; con la boca hecha sonrisa llegaba a la mesa del aguardado parroquiano y, lleno el acento de temblor, le preguntaba: «¿Qué va a ser?»

Poco importaban a la *Cañas* desde aquel momento *La Buena Sombra* y la parroquia y el propio amo.

Sentada junto a Jorge, sirviéndole una y otra botella, dejaba transcurrir las horas; ¡ya vendría la de irse con él, la de tenerle en su cuartito, la de apurar, solo, al lado de ella, el vaso de Cazalla con que el minero ponía prólogo al deleite.

¿Que la murmuraban? ¿Y qué? Ella hacía su gusto. El que no estuviese conforme, que buscase otra camarera y otra mesa; de más las había. ¿Que ya no eran tan abundantes los regalos y los convites? Paciencia. Sarna a gusto no pica. ¿Que Román se hacía el desdeñoso desde la noche en que se negara a servirle, y aun la amenazaba a la encubierta, anunciando un desquite próximo? Allá él con sus acciones. No era Jorge de los que hincan ante el matón. Tampoco ella era de las cobardes. Si el Román llegaba a las malas, ya vería quién envidaba el resto.

Y la *Cañas* pensaba en el *Hampón* cada vez con mayor cariño.

Vivir juntos, ser el uno del otro sin reservas y egoísmos, era en los días aquéllos toda su ambición. En la camarera-cupletista, mujer pronta a servir a todos si la paga corría tan abundante como el deseo, aquello era una sensación nueva; algo que nacía imponiéndose, venciéndola, sin que fuese arbitrio de su voluntad evitarlo: deseos de regeneración, anhelos de una vida nueva que ni de referencia conociera.

¿Lograría sus intentos? No era fácil tarea la de hallar una cabal respuesta. ¿Qué sabía ella de afectos? Entregada desde rapaza a quien diera buen precio por su carne, la era, más que difícil, imposible medir el alcance, con llaneza o dificultad, de su propósito.

VIII

El *Hampón* casi nunca entraba solo en *La Buena Sombra*. Como desde el anochecer emprendía su ronda tabernaria y su derrame de pesetas, le daban pronto escolta tres o cuatro gorriones al humo de los cigarros y las copas. Cuando, ya tarde, llegaban al café, hacíanlo borrachos; siquiera sea de advertir que el *Hampón*, bebiendo más que todos, no daba a notar su embriaguez ni en la vacilación del cuerpo ni en los desconciertos del juicio.

Una noche, y por excepción, entró solo y tambaleándose.

Era muy tarde ya; el café casi estaba desierto; las camareras arreglaban sus cuentas con el amo junto al mostrador. La *Cañas* no había ido aún a arreglar las suyas. Sentada en el diván, frente a una mesa de su turno, tenía puestos en el reloj los ojos endrinos; sobre el cristal de aquellos ojos se cuajaban dos lágrimas.

Al sonar la puerta, las miradas de Irene se encaminaron a ella. Por ella entró el *Hampón*, y las lágrimas de la *Cañas*, entre los párpados sujetas, rodaron a lo largo de los carrillos, para morir en los

pliegues de una sonrisa. Se abrió esta sonrisa sobre los dientes piñoneros y, hecha frunce de beso, fué en busca del *Hampón*.

No entró tal que otras veces, bromeando con sus amigos, sonando su pláta en los bolsillos, pidiendo a voces, apenas sentado, «una» de Jerez o Montilla.

Sombrió entró, con el entrecejo fruncido, los labios contraídos hacia los extremos de la boca, el paso vacilante y las manos cerradas en puño sobre los pliegues de la faja.

Se dejó caer contra el asiento, y al preguntarle la *Cañas*: «¿Qué va a ser?», respondió con voz sorda:

— Aguardiente.

— ¿Aguardiente?... No bebas aguardiente.

— Tú tráelo y no te metas en consejos.

— Pero escúchame, Jorge — murmuró Irene, luego de sentarse junto al *Hampón*, que, puesto de codos en la mesa, apoyada en los puños la barba, contemplaba fijamente los reflejos producidos por la eléctrica luz en los cristales de la copa —, escúchame y no pongas esa cara de entierro. ¿Por qué bebes y bebes? ¿Por qué llevas esa vida tan mala?

— ¿Por qué?... Porque la llevo. Cuando la llevo será de mi gusto — repuso el *Hampón*, vaciando y volviendo a llenar su copa.

— ¿De tu gusto? ¿No comprendes que siguiendo así vas a matarte?

— ¡Matarmel!... Hay mucha vía por delante en este cuerpó, hermosa.

— ¿No te sería mejor proceder de otro modo? — interrumpió la camarera, deteniendo con su mano ensortijada la botella que empuñaba el *Hampón* para llenar por tercera vez su copa—. ¿A qué viene trabajar días y días talmentè que una bestia en ese pozo condenao? ¿A qué hacer vivienda de una galería abandonada? ¿A qué tirar en una noche el dinero de la quincena, atiborrándote de alcohol y llenando la andorga al hato de chupones y chuponas que están siempre contigo?

— A eso; a que pa mí esa vía es la vía mejor de toas.

— ¡La mejor! ¡La mejor!... No mientas. Mira, Jorge: sin cariño no hay quien viva bien en este recocio mundo; por mí propia lo sé—añadió enjugando el llanto que nuevamente brotaba de sus ojos—. Eres joven, sabes trabajar; en tu casa el pan no faltaría nunca. A la vera de una mujer, de una que te quisiera bien, que fuese algo más pa tu presona que el remate del vino, podrías pasártelo en paz, como los otros...

— ¡Los otros!... ¡Los otros!... ¡Una mujer que me quisiera!... Acaso tú, ¿verdá?... Quitá esas manos y déjame llenar la copa, y escucha una historia. Es la de un amigo, ¿sabes tú?, un amigo que era como mi hermano; otro yo, ¿comprendes? A su salú. Bebe

tú tamién. El probe fué mu infeliz, y bien merece que le dediquemos un trago.

El minero hundió entre sus manos el rostro; veíanse por entre los dedos relucir los ojos verdemar; el remate de aquellos dedos, hundidos en la cabellera profusa, agitaba sus ondas. Irene, acodada también en la mesa, también temblorosa de manos, aguardaba la historia.

— Fué allá—dijo el *Hampón*—, ¡allá!... ¿Qué importa ande fué? En una ciudá más grande o más pequeña que ésta; no recuerdo ahora. Lo cierto es que había hombres y mujeres en la ciudá... Llena, llena la cópa, que el cuento es de los que atragantan.

— En esa ciudá de mujeres y de hombres — siguió el *Hampón*, apurando el aguardiente a sorbos — había un hombre muy bueno, más bueno que el filón de la plata. ¡Ya ves tú si sería bueno! Aquel hombre se tropezó en la calle con una mujer, una jornalera como él; se enamoraron y se fueron a vivir juntos a una casa honrá, de esas donde, como antes decías tú, se vive tan ricamente y tan en paz.

— ¡Jorge!

— Aguarda. Mi amigo, porque era mi amigo el de la historia, ganaba un jornal de primera; de suerte que no quiso que trabajara su mujer. La dejaba sola en casita, cuidando de su hijo, porque

tuvieron un hijo como un sol, aviando los trastos, arreglando la cena, lo de la casa, vaya, pero ningún trabajo más. El hombre, sí, el hombre trabajaba como un negro, a destajo, y era duro el trajín en aquella fragua; sólo que al herrero se le daba esto poco. Él sólo quería una cosa: ganar mucho, pa que su hijo y la madre de su hijo vivieran talmente que unos príncipes... Lléname tú la copa; el aguardiente me pone muy temblón el pulso, y sería lástima derramar una cosa tan buena. Pues sí, el herrero trabajaba sin asustarse de fatigas y el jornal entero iba a los suyos; ni jugaba un céntimo, ni bebía una copa, ni era capaz de poner ojos en otra mujer que la suya. Una tarde...

— ¿Qué? — preguntó la *Cañas*.

— Una tarde — balbució roncamente el minero, cerrando los párpados y hundiendo en su cabellera las uñas —, una tarde — porque ello fué preciso o porque así estaba en la suerte, ¡vaya usted a averiguar! — dejó el herrero su taller y llegó a su casa, de la que tenía una llave; la había forjado él mesmamente, pa que su mujer no se tomara la molestia de abrirle. Lo vió desde el pasillo. El muñeco estaba encima del sofá, tirao como un guñapo; dentro, en la alcoba, acariciándose, su mujer y otro hombre, ¡otrol... Claro que fué de segundos la cosa; dos gritos, dos cuerpos medio desnudos rodando muertos por la estera, y el mataor en pie, mirando con los

ojos fijos, muy fijos, la hoja del cuchillo, que goteteaba sangre. El mamón dormía, sonriendo a un rayito de sol que jugueteaba en su boca.

— ¡Pobre Jorge!...

— Pobre amigo de Jorge, querrás decir, *Cañas*. Fué a presidio el hombre. No estaba casao, ¿sabes?; por eso fué a presidio. Por muchos años fué.

— ¿Y el niño?

— Pues murió. Muerta la madre, el padre preso... ¡En los hospicios mueren a puñaos los muchachos.

El *Hampón* ocultó su cara entre los puños. Bajo su cara descansaba la copa. Poco a poco, fué tomando matices de ópalo el aguardiente.

— Jorge, levanta esa cabeza; anda, vamos; vámonos juntos.

— ¡Juntos! Pero, ¿estás llorando, *Cañitas*? ¡Pobre amigo!, ¿verdad? De su historia aprendí a no tomar sino como las tomo a las mujeres de este mundo.

— Algunas hay buenas.

— ¡Tú, quizá!... Anda, anda, llena otra copa, niña.

— No.

— Sí, mujer; sí.

— No; más bebía, no. Vamos...

— ¿Dónde?

— A mi casa.